

Editorial

En cualesquiera de las facetas, productos, actividades y servicios de nuestra vida actual está presente el vocablo "calidad". Empresarios y trabajadores, vendedores y compradores, oferentes y demandantes de servicios; políticos y ciudadanos, todos, en boca de todos, está este término que, sin duda, no deja indiferente a nadie.

Nuestro Diccionario de la Real Academia define a la calidad como la "Propiedad o conjunto de propiedades inherentes a algo, que permiten juzgar su valor". Otra acepción del mismo término, cuando se hace referencia a la "buena calidad" es el de "superioridad o excelencia".

No resulta fácil llegar al consenso sobre qué se entiende por calidad cuando se intenta definir lo que es la calidad separada de las cosas que la poseen. Sin embargo, obviamente, unas cosas son mejores que otras... pero ¿qué es lo mejor? No es lo mismo la visión de la calidad de aquel que crea el producto o servicio y la del que valora ese servicio o producto, en función de la satisfacción o no de sus expectativas o necesidades. La calidad dependerá, así, del contexto sobre el que se aplique, del propio criterio del que programa o controla esa calidad, de los objetivos que pretenden lograrse, de la situación del que opina sobre la calidad del producto (consumidor/cliente, productores, líder de la empresa), etc. La calidad es polifacética y, al margen de sus componentes técnicos que constituyen las características intrínsecas del producto o servicio, la calidad depende en gran medida de la percepción de cada usuario. Ni más ni menos que como sucede con la belleza.

Lo que sí es cierto es que los clientes lo que buscan hoy son productos mejores, de calidad, por encima del producto de bajo coste. Así las empresas destinan sus esfuerzos a ofrecer mayor calidad en sus productos, bienes y servicios con el fin de que los clientes/consumidores -cada vez más exigentes- estén satisfechos con los mismos, sabedores de que con períodos de garantía progresivamente más amplios, si el producto es defectuoso se lo reemplazarán por otro nuevo o subsanarán la avería o desperfecto sin coste adicional alguno. En definitiva el público busca un producto bueno (del que satisfacen plenamente sus funciones y resultados), bonito (de aspecto agradable y con el que se está a gusto) y barato (en el sentido de que los resultados buscados se logran a costo adecuado -eficiencia-).

Esta preocupación por la calidad también llegó en su momento al mundo de la educación, aunque podemos imaginar que desde buena parte de las corrientes pedagógicas, siempre debió intentarse esa superioridad o excelencia de la que

habla nuestro diccionario. Pero bien es cierto que el concepto calidad de la educación o de la formación se asociaba, en la década de los años 60 del pasado siglo, a la denominada democratización del acceso a la educación y a la necesidad de aumentar los medios materiales de las instituciones educativas. Es decir, calidad era igual a más alumnos, más docentes y más recursos y medios. Connotaciones, por tanto, puramente cuantitativas. En la década de los 70 se empezó a asociar el término calidad de la formación con el de eficacia o el de eficiencia, es decir, se salta de lo meramente cuantitativo a elementos de carácter cualitativo de los objetivos y estructura del proceso educativo relacionados con los resultados de la formación. Hoy parece que se tiende a una calidad de la formación como un sistema de coherencias entre los fines y objetivos de la educación y los sistemas de valores y expectativas sociales. La coherencia entre fines, objetivos, valores, resultados, medios, etc., nos irá dando claves suficientes para valorar la calidad.

En todo caso, garantizar la calidad en la educación es prácticamente imposible. De ahí la responsabilidad de las instituciones educativas que opten por una persecución y control constante de la calidad, de ofrecer el mejor producto educativo que deje plenamente satisfecho a quien lo está recibiendo y, especialmente, a quien ya lo recibió dado que éste valora con perspectiva distinta y más sólida.

Aunque surgen serias dudas en el ámbito educativo, ¿a qué nos referimos?, ¿a calidad en el proceso, en el producto, en la consecución de metas, en la eficacia, en la eficiencia...?. De todas formas, no podemos eludir el hecho de que la educación es un hecho social y como tal, está sometida a valoración constante. De la educación se espera, al menos, que justifique ante la sociedad lo que hace y cómo invierte el dinero que se le entrega. Se trata de un tema de sumo interés, tanto para los profesionales de la educación, como para los políticos y para los destinatarios finales, estudiantes y padres.

Éstas razones, entre otras, nos han llevado a ofrecerles en este número de Educación XXI algunos trabajos relacionados con el mundo de la calidad de la educación y en la educación. Estos cuatro trabajos conformarían el núcleo de este monográfico que se completa, como siempre, con otros artículos que conforman nuestra sección de "Estudios".

En lo que respecta al monográfico, el profesor Pérez Juste, de la UNED formula la tesis de que la tradicional preocupación y las aportaciones de los educadores y pensadores de la educación en torno a la naturaleza, sentido y esencia de la calidad de la educación, puede y debe ser compatible con los movimientos, propuestas y actuaciones de nuestro tiempo en relación con la calidad. En tal sentido, analiza y formula los conceptos de calidad de y en la educación formalizando una propuesta de integración.

Las profesoras Martínez Mediano y Riopérez Losada, también de la UNED, exponen las características del Modelo de Excelencia de la Asociación Europea para la Gestión de Calidad (EFQM), para su aplicación a los centros educativos. Revi-

san el concepto de calidad en la educación y los principios de la Calidad total, fundamentales para el desarrollo de los modelos de excelencia.

"La innovación como factor de calidad en las organizaciones educativas" es el trabajo que nos presenta la profesora Fernández Díaz de la Universidad Complutense. La autora analiza la innovación como factor fundamental de la calidad de las organizaciones educativas, tal y como se considera en los distintos modelos y sistemas de la calidad. El uso de las TIC y las redes de profesionales como medios de formación y de innovación son dos elementos a destacar en los procesos innovadores en una sociedad del conocimiento.

Desde la Universidad de Jaén, el profesor Ruíz Carrascosa nos plantea "La evaluación de la docencia en los planes de mejora de la Universidad". El autor expone la experiencia realizada en la Universidad de Jaén para iniciar el proceso de evaluación de la docencia por parte de los alumnos mediante cuestionarios, dentro de los procesos de evaluación institucional. En el trabajo se presenta una propuesta para integrar los resultados de la evaluación de la docencia en los planes de mejora de la calidad.

Ya en la sección de estudios nos encontramos con otros interesantes trabajos. Pilar Ibáñez y M^a José Mudarra proponen una aproximación al conocimiento del perfil y las relaciones sociales de personas con distintos tipos de discapacidad, en el contexto del empleo protegido, a través de un cuestionario de autovaloración.

Desde la Universidad Complutense Reyzábal y Santiuste describen los modelos de lenguaje que tratan de explicar cómo se procesa, qué elementos intervienen y en qué orden. Tras un recorrido por las denominadas máquinas inteligentes, describen el modelo de lenguaje utilizado en tecnología del habla que ofrece hoy buenos resultados. Concluyen su trabajo proponiendo un modelo de comprensión lingüística oral.

Desde las Universidades Complutense y UNED, Arturo González Galán, Eduardo López y M^a Ángeles González Galán nos presentan el estudio de las calificaciones obtenidas por los licenciados de Ciencias de la Educación (Plan 79) de la Universidad Complutense de Madrid con la pretensión de encontrar alguna estructura que permitiera la explicación de los datos. Las conclusiones muestran que las asignaturas, tal como han sido calificadas, no son buenos predictores de las siguientes. Los autores sugieren que sería conveniente generalizar estos estudios a todas las facultades de educación, de cara a la implantación de los nuevos planes de estudio.

La Universidad Miguel Hernández se hace presente en este número a través de van-der Hofstadt, Quiles Marcos, Quiles Sebastián y Rodríguez Marín. Los autores señalan que el acceso a la universidad supone uno de los cambios más importantes que los estudiantes experimentan a lo largo de su formación. Con el fin de mejorar la cantidad y calidad de la información que durante este período los

estudiantes reciben, el estudio se plantea como objetivo detectar las necesidades de información que presentan los estudiantes universitarios. Para ello, se diseñó un cuestionario que permitió evaluar dichas necesidades.

En esta nueva etapa que ha iniciado nuestra Revista Educación XXI estamos pretendiendo, además de ajustar los números publicados a la frecuencia establecida, enriquecer nuestro Comité Científico con destacados docentes e investigadores del ámbito de la educación, procedentes de diferentes zonas geográficas, universidades y áreas del saber, con el fin de potenciar la calidad de nuestra revista.

*Lorenzo García Aretio
Director*